

Mussolini, el gigante romano

Léon Degrelle



Mussolini, el gigante romano

Léon Degrelle

Mussolini, el gigante romano

¿Cómo era Mussolini?

Mussolini, en 1936 era un hombre que gozaba de inmenso prestigio. Era un jefe muy popular.

Entonces resulta que, muy amablemente, me invita. Así. Porque mi temperamento le interesaba, porque deseaba conocerme en carne y hueso. Pase con él unos ocho días verdaderamente apasionantes, casi familiares, puesto que él mismo me anunció el nacimiento de mi hija Ana, a la que di el nombre de su última hija. Era un hombre lleno de espontaneidad, muy seguro de sí mismo, con la cabeza recia, mentón macizo y de vencedor, de conversación divertida y a veces precipitada. Era directo y vistoso, con las pupilas negras girando como peonzas.

No teníamos en todo las mismas ideas, singularmente, en lo que se refiere a las bellas artes. Se reía cuando yo intentaba describirle la perfección de un mármol romano: “Yo...”, exclamaba, “...solo he estado una vez en mi vida en un museo. ¡Lo que me he aburrido!”

Un acueducto, si... sanear las marismas del Pontino, un estadio mayor que el Coliseo, también. Pero la belleza como tal no le interesaba. Era el gigante del Imperio romano, un emperador, Trajano o César, de los que tenía, por otra parte, su porte soberbio.

Había creado en Italia una obra considerable. Tal creación era interesante de estudiar. El hombre y la obra eran trascendentes.

Joven conquistador principiante, encontré en Mussolini un verdadero amigo que siempre me aconsejó y me guió, ofreciéndome espontáneamente prestarme dinero que a él mismo le costaba mucho procurarse. Gracias a él yo pude, materialmente, llevar acabo mi gran campaña *Rex o Moscú* en el momento que Moscú acababa de asegurarse dos bastiones poderosos, en París y Madrid. Nosotros, los belgas, podíamos ser arrastrados como una brizna por el comunismo. Incluso en ese momento dado Mussolini me salvo políticamente.

Era el final de 1936 cuando una intervención directa del *Duce* en el Vaticano cortó en seco una condena inminente que, para mí, hubiese podido ser fatal.

Hasta el fin Mussolini fue para mí un amigo admirable y de un desinterés total. El *Duce* no tenía la menor intención de una expansión a costa de Bélgica. Genio poderoso, ¡quién podrá negarlo! Mussolini no se interesaba más que por el Mediterráneo y África, donde quería instalar, de manera estable, a esa cantidad incontable de emigrantes italianos que antes se enviaban por cientos a otros países a cubrir trabajos. Él no miraba hacia Bruselas, sino hacia Trípoli, hacia Adís Abeba, hacia Albania y el Mar Egeo. Internacionalmente, la colaboración italo-belga no ofrecía ningún problema.

*“Joven conquistador principiante,
encontré en Mussolini un verdadero
amigo que siempre me aconsejó y me
guío, ofreciéndome espontáneamente
prestarme dinero que a él mismo le
costaba mucho procurarse.”*

(Léon Degrelle)